



ral y la moral del pueblo, á las que contribuyeron ya las leyes emanadas de los sínodos y acomodadas á las necesidades de los tiempos, ya el uso que introdujo de enseñar al pueblo ciertas oraciones en lengua alemana y servirse de esta misma lengua para la lectura de las epístolas y de los evangelios, para las instrucciones y para la administración de ciertas partes no esenciales de los sacramentos. Carlo Magno y Pepino concibieron entonces el proyecto de hacer introducir por él el uso de los sínodos en el reino franco; y aunque estaba ya viejo, sintió renacer aún en su corazón el voto de convertir á los frisones, que había hecho ya cuando muy joven. Resignó su arzobispado en manos de Lulo, uno de sus más eminentes discípulos, y se dirigió al país de los frisones con la convicción de que había de encontrar en él su tumba (755). Había ya administrado el bautismo á millares de paganos; los había organizado en una comunidad cristiana, y estaba ya aguardando el regreso de sus hijos espirituales para administrarles la confirmación, cuando quedó sorprendido por la llegada de numerosas y alegres comitivas, entre las cuales debió reconocer pronto encarnizados enemigos. En vano quisieron defenderle sus amigos, se opuso abiertamente á toda resistencia, y murió con ellos como mártir el que había vivido siempre como apóstol (5 de Junio de 755). Las iglesias de Lieja, Maguncia y Fulda se disputaron su cuerpo; pero fué depositado según su voluntad expresa en el convento de la última diócesis, que era para él la más querida de sus fundaciones. Fué esto una verdadera gloria para el

monasterio, y un dulce consuelo para el abad Sturm, el discípulo que más amó el apóstol. Roma, con la consumada prudencia que la caracteriza, perpetuó la memoria de este prelado de la Alemania, dándole el nombre de Bonifacio, cuyo espíritu siguió viviendo en sus discípulos Sturm, Gregorio, abad de Utrech y Burghard, obispo de Wurtzburgo, y rigió por largo tiempo los destinos de esa grande iglesia.

Los sajones, pueblo guerrero sin reyes y sin ciudades, opusieron la más larga y tenaz resistencia al cristianismo. Los mismos medios empleados para convertirlos, fueron en parte la causa que más se opuso á su conversión. En la primera mitad del siglo VIII, dos misioneros ingleses, dos hermanos llamados Ewaldos, intentaron predicarles el Evangelio, pero no sacaron de sus esfuerzos más que la corona del martirio. Una doctrina que proclamaba el desprecio del mundo y de sus goces, y que anunciaba enemigos tan odiosos como los francos, pareció insoportable á ese pueblo tan sensual como grosero. Gregorio de Utrech obtuvo algo mejores resultados; pero compuestos los sajones de westfalianos, ingleses y ostfalianos, y no dejando de hacer continuas correrías por los reinos limítrofes de los francos, obligaron á éstos á emprender una guerra general para sujetar á sus enemigos, imponerles violentamente el bautismo, y asegurarse, por medio de su conversión, de su obediencia. Empezaron estas tentativas en el momento en que Carlo Magno emprendió la sumisión de los sajones (772), obra que prosiguió con un ardor infatigable.

CAPÍTULO XVII

Constitución política de los bárbaros.

Cuando los germanos se establecieron en el imperio se hallaban ya casi generalmente gobernados por reyes (1). Éstos, elegidos entre los más ilustres ó entre algunas familias, muy léjos de tener autoridad absoluta, no eran más que los primeros entre sus iguales, y estaban obligados á alcanzar buena fama con virtudes, liberalidades, valor, y manteniendo la balanza recta entre los señores y los dependientes. Vivían del producto de sus bienes propios, y recibiendo á título de honor donativos del pueblo y de los extranjeros, y una parte de las multas impuestas por delitos, y de los despojos del enemigo; pero nada tenían que gastar en mantener la corte; los magistrados eran gente del comun de vecinos, y los guerreros eran sostenidos por los jefes. Jueces supremos en causas civiles, convocaban la asamblea pública en los casos urgentes; hacían ejecutar sus determinaciones, y por lo demás, no administraban los negocios de estado, ni la justicia, porque el pueblo elegía á los jueces entre los grandes, agregándoles un consejo del comun.

Para que todos cooperasen á la seguridad pública, los individuos del comun eran responsables de los actos de cada uno. Si un individuo era atacado, tomaban los otros parte por él. Como compensación de esta carga, ninguno podía vender sus bienes sin consentimiento de

su concejo. La propiedad, por tanto, era de todos, no individual, y cuando alguno moría sin heredero, se dividía la herencia entre los demás, lo mismo que las multas. Núcleo de tales sociedades eran las familias, después la amistad, y en seguida la vecindad. También pagaban los siervos la multa por los señores, y por el huésped respondía el padre de familia.

Cuando se descubría un delito y no aparecía el reo, eran convocados los individuos de su comunidad, para certificar contra el acusado ó por él, ante el tribunal de los propietarios libres, presidido por magistrados en la asamblea del pueblo. Á ninguno se le condenaba sino después de haberle oído y convencido. Los delitos contra la sociedad entera se castigaban corporalmente; los atentados contra la vida ó los bienes se podían arreglar mediante un precio, variable según la condición del ofendido, y el concejo del reo contribuía á pagar la multa, la cual se repartía entre los individuos del comun á que pertenecía el ofendido. El que no la pagaba era separado del comun, negándosele la protección legal, y entonces podía ser llamado por el ofendido á guerra particular (*faida*). También en las multas por delitos contra la propiedad tenía parte todo el concejo, por cuanto podía turbarse su tranquilidad (*freda*), por las diferencias derivadas de esta causa. Merece notarse que en el único caso de pena capital, esto es, la traición, no podía pronun-

(1) Cantú., t. III, p. 127.



ciarse la sentencia por la asamblea ni por el rey, sino por el sumo sacerdote, como representante del Dios Omnipotente, árbitro único de la vida, y vengador del perjurio.

Mezclábanse, pues, tres sistemas de instituciones: la monarquía, hereditaria y sagrada, ó electiva y guerrera; las asambleas de libres, que discutían acerca de los intereses comunes; y el patronato aristocrático del jefe sobre la banda, del señor sobre sus criados y colonos. Pero éstos, más bien que verdaderos sistemas, eran gérmenes, porque prevaleciendo la autoridad individual, el hombre no se sujetaba sino en cuanto quería hacerlo ó era obligado á ello; y no había poder público que dirigiese las fuerzas todas de la sociedad á un fin único.

La escasez de documentos nos impide averiguar la verdad respecto de muchos puntos de la constitución de los germanos; pero basta lo dicho para evidenciar cuán diferente era su libertad de la de los pueblos clásicos. En Grecia y Roma la encontramos enteramente colectiva; el Estado lo era todo, nada el ciudadano, el cual no conservaba la individualidad sino á fuerza de heroísmo, y adoptaba ciertos vicios para ejercer en grande ciertas virtudes. En Germania, por el contrario, era personal, gozando cada uno del derecho propio y del fuero doméstico, por cuyo medio todos participaban de los ultrajes causados á sus parientes y compatriotas.

La dependencia era, no como en otras partes, efecto del nacimiento en éste más bien que en el otro lugar, sino producto de una obligación personalmente contraída; era la fe de un hombre libre, prestada á un jefe. Por tal condición, ignorada de los pueblos clásicos, la sucesión no había menester de testamento, y en las leyes sálicas y ripuarias no salía de la línea masculina.

La justicia, además, no era un principio exterior, social, positivo, igual en todas partes, que concentra los sentimientos del individuo en una idea general, sino una disposición particular del corazón; la penalidad era una relación de hombre á hombre; y de aquí se derivaba el derecho de componerse con el perjudicado, quitando á la sociedad el derecho de perse-

guir al reo después de haber satisfecho éste al ofendido. De aquí procedía también la costumbre de que muchos jurasen la verdad de un hecho, origen de la institución moderna de los jurados, que probablemente reemplazará en todas partes á los tribunales.

En tan celosa libertad, el germano defendía al Estado y el Estado al individuo, y esto se consideraba suficiente. El jefe de familia juzgaba á sus hijos y á sus dependientes mientras vivía, sin dar cuenta á nadie; y sólo cuando tenía que castigar á la mujer, invitaba á asistir al juicio á los parientes de ella. La injuria personal se vengaba por el ultraje y sus parientes y partidarios; pero perdían este derecho si aceptaban la compensación. Cuando se llevaba el litigio á los jueces, se elegían éstos de la condición de los contendientes; las partes exponían sus razones sin abogados, y los sabios decidían según la justicia y las costumbres. Las mujeres y los niños, no pudiendo hacerse justicia con la espada, permanecían en perpétua tutela.

Las instituciones germánicas excitaban la admiración de Tácito, y después la de muchos modernos por su aspecto de liberalismo. Nosotros, que para nada deseamos la libertad fuera del orden, reflexionaremos que en las sociedades todavía groseras, solamente se atiende á los individuos, los cuales no difieren entre sí sino por variedades accidentales. Siendo todos iguales, no hay razón para que inclinen su voluntad á la de los demás, por lo cual no hay aristocracia ni gobierno, sino una libertad que consiste en la voluntad arbitraria, y por consiguiente en la violencia caprichosa y desenfrenada. En tal estado, no queda más que la pasión de la independencia, exagerada de tal modo, que hace imposible la sociedad; todos se creen libres, en cuanto son fuertes; aislados y armados, no respetan más obligaciones que las voluntarias; no se ligan tampoco al suelo que cultivan, y se hacen justicia con la espada.

Poco á poco, se aumentan las desigualdades sociales; las legislaciones hacen un continuo esfuerzo para dominar la individualidad humana y reducirla á la sociedad civil, y al fin la fuerza prevalece sobre las voluntades



individuales, sometiénolas á una superior. Pero á medida que se progresa, la aristocracia misma y el gobierno se convierten en opresores, y entonces el esfuerzo social, que al principio se había dirigido á robustecerlos por amor á la paz, procura debilitarlos por amor á la libertad.

Y sin embargo, semejante libertad, que se adquiere ó se busca, ¡cuán diversa es de la primera! En ésta, los hombres toscos, ignorantes y apasionados no podían permanecer en paz y justicia, si una mano robusta no los contenía: ahora, el hombre civilizado, perfeccionado, con una razón más perfecta y una voluntad más arreglada, se siente con fuerzas para dirigirse al bien social sin necesidad de un rígido freno que dirija todos sus movimientos. No tuvieron presente tal distinción los encomiadores de la barbarie, y encontrando entre los germanos algunas instituciones que deseaban ver establecidas entre las naciones civilizadas, soñaron que tenían una libertad que en realidad no podía subsistir entre la ferocidad de las voluntades discordes.

Las tribus germánicas que se quedaron en los bosques nativos conservaron aquella primitiva constitución; pero debieron desviarse de ella las que penetraron en territorio romano, porque al cesar la vida nómada y la igualdad, cambió de naturaleza la banda guerrera, fundamento de su estado primitivo.

Libres compañeros de un jefe elegido por su voluntad, que nada podía disponer sin su consentimiento, llegaban, conquistaban, se convertían en propietarios, y luego poco á poco se acomodaban á la vida agrícola, fundando sobre la propiedad inmueble el nuevo orden social. Deteniéndose cada jefe en el territorio que su genio ó su ventura le había señalado, formaba en él una tribu, no como en su patria, acampada en los sitios en que la selva y el río ofrecían mejor proporción para ello, sino en vastos terrenos, rodeado de sus partidarios, y servido por los colonos ó por los antiguos dueños despojados. No hubiera sido seguro para los compañeros de la banda esparcirse uno á uno; y así como las expediciones en tiempo de guerra, del mismo modo los placeres en la paz, los

juegos, la caza y los banquetes, los estimulaban á estrecharse al rededor del jefe. Pero éste se había convertido en un gran propietario, por lo cual se interpuso gran distancia entre él y sus compañeros, desapareciendo la antigua igualdad, hasta el punto de quedar reducidos algunos de éstos á la condición de colonos. Á otros distribuía tierras á título de beneficio, premio al mismo tiempo que vínculo; el beneficiado las repartía á otros con las mismas cargas y con nueva subordinación; y así se fué engendrando una aristocracia territorial, y una jerarquía entre los propietarios, que si bien distaba todavía mucho del feudalismo, lo preparaba.

Esparcidos en vastas provincias, ¿cómo era posible reunir á todos los libres para cualquier sencillo negocio? Y como se ignoraban las combinaciones artificiales del sistema representativo, se reunían muy rara vez las asambleas, esencia de la libertad germánica, y fué preciso imponer como obligación á los libres aquel ejercicio que antes se consideraba como precioso derecho; en fin, se suplió su ausencia, designando por cada cantón varios regidores que despachasen los procesos, que antiguamente se despachaban ante todos los arimanes.

Trastornadas, pues, hasta sus raíces las primitivas instituciones de la tribu, hubo de arreglarse de otra manera la sociedad. Las constituciones difieren poco entre los varios pueblos germanos, en atención á que se derivan de la naturaleza de ellos. Un rey, jefe del ejército, pero no absoluto, tiene compañeros, todos los cuales deben concurrir á la formación de las leyes. Los germanos, cuando cayeron sobre el imperio, se gobernaban por generales, que en la necesidad de las expediciones eran elevados por los guerreros sobre el escudo, y paseados al rededor del campo. Estos jefes eran elegidos por el voto libre de todos, pero entre ciertas familias de héroes ó semidioses, como los Amalos entre los godos, los Agilulfinos entre los bávaros, y los hijos de Odin y de Meroveo entre los sajones y los francos; y al extinguirse estas familias, quedó libre la facultad de la elección, como sucedió entre los godos de España y de Italia, y como



continuó haciéndose siempre entre los longobardos.

Los reyes germánicos en nada se parecían á los actuales reyes de Europa, rodeados de espléndidas córtés, con pingües rentas y ejércitos y ministros, primeros agentes en fin de una máquina vasta y complicada. Aquéllos no eran más que los primeros entre sus iguales, pero como juzgaban en tiempo de paz y capitaneaban en campaña, reforzaron naturalmente su autoridad cuando al salir del país nativo se encontraron en guerras incesantes, ó acampados en el terreno conquistado, entre una población subyugada, pero enemiga.

Muy rara se les presentaba la ocasión de ejercer el poder legislativo, ateniéndose aquellos pueblos á costumbres antiguas, fundadas en su propia naturaleza, las cuales ni limitaban su libertad, ni fijaban las relaciones civiles, dirigiéndose solamente á reprimir los delitos. El pequeño número de hombres libres, la falta de estado llano y del comercio, evitaba aquellas complicaciones, que á cada momento exigen reformas y novedades. Viendo, sin embargo, los usos romanos, y aquella administración tan bien ordenada bajo la autoridad del emperador, intentaron reemplazar á éste y resucitar una organización demasiado superior á su capacidad. Los dos Teodoricos, Eurico y Clodoveo se esforzaron en adquirir los emblemas y los derechos del imperio; en distribuir condes y duques como antiguamente se distribuían los consulares y los presidentes, empleándolos en la recaudación de los impuestos, y en la leva de soldados; en ocupar, en fin, á pedazos, ya que no podían entera, la herencia de los augustos, convirtiéndose de puros guerreros en hombres más políticos y más religiosos, á favor de cuyos medios logró posteriormente uno de ellos renovar la dignidad imperial.

En esto se ejercitaban; pero en tanto nada se encuentra en ellos de cuanto solemos comprender nosotros bajo la palabra rey; no tenían leyes orgánicas que asignasen los límites del poder, ni otros ministros más que un secretario que despachaba todos los negocios, y un juez del pailaco (*comes palatinus*), que resolvía las

causas que se le presentaban; y los mismos patrimonios regios no les pertenecían como soberanos, sino como adquisiciones hechas en la guerra ó arrebatadas á los príncipes por derecho de conquista. Ni puede decirse tampoco que tuviesen súbditos propios, si entendemos por tales aquellos cuyas acciones civiles dirige el rey en virtud de la autoridad suprema, porque aquellos jefes no disponían del brazo ni de los bienes de sus dependientes sino en cuanto los tenían por vasallos, esto es, obligados por contrato á determinado servicio, en compensación de las tierras que les habían sido concedidas en beneficio: si desobedecían, perdían la propiedad, pero no eran castigados como súbditos según leyes penales soberanas. En suma, la autoridad estaba verdaderamente en la mano del que tenía una voluntad más firme y más resuelta, y como dice Manzoni, la corona era un círculo de metal que valía según la cabeza de quien lo llevaba.

La autoridad de los reyes estaba limitada en todas partes por las asambleas de la nación, en las cuales se decidía de la salud de la patria y de la utilidad común. Eran asociaciones no ya de personas emancipadas de la esclavitud, que cediesen parte de su pequeña fuerza para encubrir la debilidad universal, sino de gente animosa é independiente, que se creía con el derecho y el deber de conocer cuanto concernía á una sociedad de cuyos miembros eran garantes de mancomun personas que no pensaban obedecer sino á su voluntad, ni ejecutar sino lo que habían examinado y resuelto. Concentraban en sí estas asambleas los tres poderes que constituyen el gobierno, siendo judiciales cuando decidían respecto de un igual, legisladoras cuando abolían ó hacían una ordenanza, soberanas cuando resolvían acerca de la guerra y de la paz. Habiéndose hecho más raras por las causas que hemos dicho, generalmente se celebraba una en Marzo ó en Mayo, cuando la primavera estaba tan adelantada que aseguraba los víveres de los guerreros, los cuales seguían entonces al jefe á la expedición que en ella se acordaba.

La que ahora es, ó á lo ménos se considera



como la primera base de los sistemas modernos, quiero decir la hacienda pública, complicaba el sistema de entonces. Una parte de las multas, los donativos voluntarios, los alodios propios y los dominios que se aumentaban con las confiscaciones, con las herencias, con los impuestos sobre los extranjeros, y con la tutela de los menores, constituían el fisco de los reyes, cuyo fruto consumían en gran parte ellos mismos pasando de un país á otro.

La hacienda adquirió importancia en la administración cuando las contribuciones reemplazaron á los servicios personales, y cuando los reyes tuvieron que dar sueldo á los ejércitos y á los magistrados; pero entonces no había culto, ni ministros, ni corte, ni instrucción pública, ni establecimientos generales que sostener; y era obligación de los vasallos desempeñar los empleos y el servicio de las armas. Cuando se anunciaba la guerra nacional (*landwehr*), todo hombre libre estaba obligado á obedecer el edicto, y á marchar á las órdenes del conde, armándose y manteniéndose á su costa; y el que no podía hacer tanto, se unía con otro para dar un soldado. Sin embargo, en las enemistades ó expediciones particulares, el rey solamente podía contar con sus propios feudos ó vasallos.

Mientras que entre los imperiales continuaba la degeneración de la milicia y se suplía el defecto del valor personal con máquinas y artificios para matar hombres sin mucho riesgo, los bárbaros no conocían más habilidad que la fuerza de su brazo; y con ballestas, hondas y hachas de dos filos, y poca caballería armada de flechas y dardos, desafiaban á las legiones. No guardaban ningún orden meditado de batalla, ni estaban acostumbrados á la disciplina, ni tenían armadura ni ejercicios uniformes, en atención á que cada jefe mandaba á su manera á sus vasallos, con cuyo nombre se designaban aquellos partidarios á quienes el rey adjudicaba en usufructo temporal alguna posesión, á condición de que se le mantuviesen fieles y lo siguiesen á campaña por cierto tiempo con un número determinado de hombres armados y mantenidos á su costa. Los señores más poderosos quisieron luego imitar al rey,

distribuyendo parte de sus bienes á gente inferior, con las mismas obligaciones (*valvassori, vassi vassorum*).

Con el rey habían llegado otros jefes que no se consideraban inferiores á él sino por haberlo elegido como general, y que ocupaban por esto, con el título de duques, una parte de los territorios conquistados, no considerándose dependientes sino en los derechos políticos y en los negocios comunes, y haciendo por lo demás las leyes y la guerra á su voluntad, hasta contra el mismo rey. Tal era la constitución de los longobardos, pero entre los godos y los francos, probablemente por la superioridad personal de los jefes, parece que los reyes ejercieron autoridad sobre todo el país.

Se dividía éste para la administración en distritos ó condados (*pagos, gauen*), en cada uno de los cuales había un conde (*graf, gaugraf*), que administraban los negocios civiles, la policía, la justicia y las rentas. Constituían cada ducado muchos condados, dividido cada uno en cientos de familias ó cantones; cada cantón se componía de decenas ó marcas, y éstas se subdividían en haciendas (*mansos*), muchas de las cuales formaban una *villa* ó un *lugar*. Los longobardos tuvieron escultascos y centenarios en vez de condes; entre los francos no eran los condes muy diferentes de los duques antes del siglo VIII; y posteriormente perteneció á estos últimos el mando de las armas, y á los condes la administración de justicia, ambas cosas vitaliciamente. En cada distrito quedaban, en fin, algunos lugares libres de la autoridad del conde (*immunitates*), tanto en la parte judicial como en la administrativa, y á esta clase pertenecían al principio los bienes de los reyes, después los de la Iglesia, y por último, los alodios de los municipios libres.

Si con la conquista se perdieron las autoridades superiores, y los condes sucedieron á los regidores de las provincias, acaso no fué tan absoluta la ruina de las autoridades municipales. Los bárbaros impusieron á los naturales un proconsulado bárbaro; pero odiando las ciudades, y considerándose como ejército, no se cuidaron de los municipios; de manera, que éstos conservaron su régimen interior, sin